JUAN CARLOS FERNANDEZ

EL IDEAL AMERICANO



EDITORIAL TOR

BUENOS AIRES



EL IDEAL AMERICANO

JUAN CARLOS FERNANDEZ

EL IDEAL AMERICANO

▿▿
▿

EDITORIAL TOR
Dirección, Administración y Venta: C. PELLEGRINI 62
Depósito y Talleres: RIO JANEIRO 760
BUENOS AIRES

¡Cuántos hombres como antaño, esperan ver estrellas nuevas en la limpidez del cielo de América!

Deodoro Roca.

Al Alma de América.

I

La vida nos llama hoy imperiosamente, a todos, a la lucha más audaz y perseverante. De todas partes del planeta se elevan voces, clamores, gritos y llamadas. La humanidad parece sentir un estremecimiento común y profundo que viene de las más íntimas raíces del ser, de la conciencia universal. Entre otras hay una verdad que cada día se nos impone a todos con más fuerza: es la identidad, en el fondo, de nuestros problemas, de nuestras necesidades y de nuestros anhelos. Una cuerda al me-

---

Conferencia leída en el Ateneo Ibero-Americano el 7 de julio de 1928.

hacerlo de un modo consciente, claro, vibrante y sereno; o en otras palabras: es necesario objetivarse de un modo inteligible a todos.

Las naciones, como los hombres, tienen sus derroteros más o menos conscientes, más o menos definidos, pero los tienen. Van hacia algo, buscan algo, bueno o malo, desean algo. Hay, en fín, una resultante colectiva hecha de todas las fuerzas sociales y formada por la suma de las fuerzas o voluntades individuales.

Esto constituye, hablando sin metáforas, el ideal de cada pueblo.

Toda la historia de la humanidad está confirmando la verdad de mis palabras y me parece ésto tan claro, tan evidente que considero supérfluos todos los ejemplos.

Pero quién podrá formular, se dirá, de un modo concreto, en unas palabras, en una obra de arte, sea poema o monumento, ese ideal social?... Indudablemente, el pueblo mismo, a través de un espíritu que sea capaz de hablar por él, que sepa, en un momento dado, al menos, ponerse en contacto directo con esa alma colectiva y exteriorizarla simplemente.

Es lo que pasa con el gesto elocuente, con

la palabra oportuna de tal o cual político, con la actitud de un gobernante, con el verso de un artista, o con una melodía capaz de hacer vibrar a las masas de un modo unánime y profundo a la vez. Y en ésto reconocemos por nuestra parte, la condición esencial para la creación de una gran obra, es decir, de una obra de arte. Pero fuera de ese reflejo amplio y completo que dan las grandes obras, es quizás posible tambien sintetizar en algunas palabras, los elementos substanciales del alma de un pueblo entero o de una raza. Es lo que quisiera intentar aquí, en el alcance de mis fuerzas. No puedo ignorar que estas palabras mías no serán, a pesar de todo sino mi propia interpretación, mi modo de ver y, por lo tanto, lo más probable será que haya en ellas una parte, un aspecto que no coincida con el punto de vista de los demás, por la razón de que no hay dos individuos, dos temperamentos idénticos; pero es probable o seguro que haya tambien en ellas otra parte que llegue a revelar, al menos parcialmente, esa conciencia colectiva; es decir que todos y cualquiera estén o estemos de acuerdo en reconocer que esa ex-

presión corresponde a la verdad. No es mi pretensión en fín, trazar una especie de retrato de algo que, por su naturaleza escapa a todos los reflejos mecánicos, porque está en el mundo puramente espíritual, aunque sea susceptible de exteriorizarse y me consideraré satisfecho sólo en proporción a la cantidad de verdades que conquiste en este terreno tan poco explorado todavía por desgracia, para servir así a otros de punto de comparación, para corregir los errores y perfeccionar las líneas que merezcan conservarse. Diré tambien que a este esfuerzo por declararnos, debe contribuir y contribuye en realidad el especial interés que hoy tenemos de revelarnos ante los Estados Unidos, la gran nación del día, en quien están fijos actualmente todos los ojos de la humanidad y cuya existencia está por lo tanto cada día más vinculada a la nuestra, creándonos así problemas íntimos, delicados, y algunos de ellos graves, cuya contemplación ningún espíritu serio y libre podrá desatender.

2

He dicho que cada pueblo como cada hombre tiene su ideal, y en efecto, en cada momento de su desenvolvimiento histórico y muy especialmente en momentos determinados, cada pueblo al proceder respecto a otro, al asumir una actitud diplomática, al declararse una guerra, al firmarse un tratado de alianza, o al suscitarse una cuestión de límites, tiene algo así como una representación interna (lo mismo que el individuo) de lo que debe hacer, de lo que va a hacer en tal o cual momento. Que esa voluntad se realice de un modo perfecto o sólo hasta cierto punto, es otra cosa. Pero es sin duda esa voluntad la que va a determinar el gesto, la que va a inspirar las palabras y hasta la que va a decidir en ciertos casos, de éso que se llama el destino de las naciones.

Sí, hay una norma de conducta no manifestada, contenida como en potencia en cada pueblo, esperando el momento propicio para nacer y revelarse. Hay un espíritu en cada uno; pero

hay algo más: los pueblos tambien como los hombres llegan un día al grado máximo de desarrollo de su vitalidad, a su apogeo; — y generalmente de hegemonía respecto a los demás que los rodean y cuyo apogeo, a su vez, no se realiza en el mismo momento histórico. Esto es innegable. Y sucede entonces que ese pueblo, sea cual sea, llegado a su mayor esplendor, impone en cierto modo su voluntad, irradia su ideal, contagia su espíritu o alma nacional, como quiera llamársele, al resto de la humanidad aun sin la menor conciencia de dominio. Porque el hombre evoluciona, cambia con los siglos y lo que un griego de la época de Percicles por ejemplo busca, desea, aprecia, es muy diferente de lo que estima un romano del siglo de Nerón. Por éso, cuando se dice que Atenas o Roma, Alejandría, Milán o París, Brujas o Venecia son sucesivamente el centro del mundo civilizado, es porque, llegados esos núcleos de población al florecimiento pleno de su vida, revelan a los otros el fruto de su proceso interior maduro ya por los siglos, incapaz ya tal vez de superarse o próximo al lento descenso...

Esta oposición se acentúa incomparablemente más hoy por el contacto inesperado en que están todos los pueblos, debido a medios de comunicación que en otras épocas no se presentían siquiera. Es decir: este problema es uno de los más serios, mientras la humanidad no haya llegado a una fusión proporcional de ideales, de razas, de costumbres. No sé si me explico claramente. Los grandes inventos nos han puesto en contacto antes de habernos entendido en cosas esenciales y hoy todos nos hallamos en la humanidad de un modo semejante a un grupo de individuos que se encontraran de golpe reunidos, sin conocerse, y vinculados ya por mil intereses, unos personales, otros comunes. No sólo debemos hacer un esfuerzo para comprendernos y lo que es más difícil, para tolerarnos, ya que ésto a todos nos conviene, sino que lo peor (o casi imposible) es tener que soportar el modo de ser, de vivir, de querer del más fuerte, del que triunfa hoy, de aquél a quien le toca estar en su apogeo, en este momento. Si al menos nos hubiéramos identificado unos con otros, antes de estrechar nuestro comercio, por ejemplo!... Si al menos

no nos conociéramos, como pasaba con muchos grandes países de la antigüedad, que por falta de medios de comunicación no podían conocerse!... y ésto felizmente, porque su acercamiento hubiera sido trágico y destructor!...Pero no. Ahí estamos unos frente a otros y debemos manifestarnos de algún modo. De aquí nacen a veces grandes peligros, porque ninguno de nosotros puede dejar de golpe de ser lo que es, ninguno puede hacer volver atrás esa fuerza del pasado que por la ley de la herencia condiciona nuestro presente hasta en lo subconsciente; más: ninguno quiere dejar de creer que sea verdad lo que su experiencia, su razón y sus ojos, por decir así, le han mostrado como verdad. Cada uno se cree en la posesión del derecho que defiende hasta la muerte, si es preciso. Y es humano que sea así. Hoy todos aspiramos más que nunca a la mayor expansión, a la mayor libertad de opiniones, a la mayor igualdad de derechos, porque se sabe que éstos son principios necesarios a la vida.

Pero es imposible condensar aun vagamente, en unas cuantas frases, los conflictos internacionales que nos crea el momento histórico

actual; mi deseo es apenas situar con claridad, el problema del ideal de nuestro continente y con él subrayar una vez más el de nuestro pueblo, según se me presenta a mí, al menos, quiero decir, respetando otras opiniones más autorizadas.

Que hay un problema, me parece inútil insistir en ello. No lo hay, probablemente para el país que triunfa en estos momentos, para el que hoy impone, por su propia vida, aún sin quererlo, determinadamente, como digo, sus propios valores; porque él, envuelto en la ilusión de sus ojos no ve ni reconoce más verdad que la suya; y ésto porque su verdad triunfa en este momento, vive, existe.

Sí, seamos francos con nosotros mismos. Los Estados Unidos de la América del Norte, infiltran hoy, junto con el poder innegable de su vitalidad y de su fuerte moneda, los valores sustanciales de su espíritu. Decir que ellos son la nación del día, no es precisamente afirmar que han convencido a la humanidad de su verdad, sino que es la humanidad misma la que en ellos encarna su actual conciencia. Ellos han recogido la herencia del mundo entero; ellos

han vibrado día a día con todas las palpitaciones universales; ellos han crecido lentamente, asimilando y viviendo de un modo positivo, lo que los otros pueblos veían como una futura posibilidad o como un pasado perdido; hasta llegar al día de hoy. Y llegados a este día, miran a su alrededor. Todos pensamos hoy lo mismo, tal vez; — nuestra conciencia humana universal es una si se quiere, pero ellos la viven más plenamente que nadie... Porque? ... Porque es su momento, el momento de su apogeo. A nosotros, países del sur, ya nos llegará, es claro, nuestro día; y entonces la humanidad habrá evolucionado mucho; habrán cambiado sus costumbres, sus instituciones, sus convicciones íntimas, tal vez; la palabra que en nuestros labios tendrá entonces toda la fuerza efectiva de la realidad que tiene en un hombre fuerte, llegado a la plena madurez de su existencia, será para algunos pueblos un triste recuerdo vago de lo que ellos un día han sido y para otros, lo que un día llegarán a ser. Pero lo que es evidente al mismo tiempo, es que esa verdad nuestra, no ha de ser, no puede ser idéntica a la que hoy muestran los pue-

blos triunfantes, o por lo menos serán aspectos diferentes de una misma verdad, si se quiere, pero contemplados, sentidos, vividos por seres de otras razas, de otro espíritu, de otros ideales y que marchan en la vida a otro ritmo.

De todo ésto se deduce lógicamente, creo, que un problema esencial para todos los países que no hemos llegado todavía a nuestro apogeo consiste en comprender, sí, admirar y hasta imitar al que hoy brilla ante el mundo, afirmando su naturaleza y valor, pero no pretender negar por eso lo que somos, renunciando a lo que nuestra conciencia nos muestra como verdad, como luz, porque en este sentido actualizarnos querría decir retrogradar. No ha llegado nuestra hora, y si pretendemos abandonar el ritmo propio de nuestra evolución para adaptarnos a un ritmo ajeno, qué sucederá el día en que seamos llamados para manifestarnos, el día en que nosotros a nuestra vez, como todos, debamos presentar el registro de nuestra obra? Sencillamente que ésta ya no estará a la altura superior de la humanidad, que será inactual, que otros pueblos en cambio libremente desarrollados son los que podrán decir entonces la

última palabra, mientras nosotros permaneceremos ofuscados por el error y anquilosados en el atraso, detenidos en la marcha hacia la vida, hacia la afirmación de la vida.

3

Ahora bien, reconocida la legitimidad de nuestro punto de vista para podernos plantear con la mayor altura e imparcialidad posibles un problema que, naturalmente, nos apasiona demasiado por desgracia, hasta ofuscarnos a veces, es necesario concretar solamente este problema: en que consiste el espíritu norteamericano, en que el nuestro, para determinar la parte de valor asimilable aceptable y por lo tanto útil que este pueblo puede ofrecernos y tambien la parte inconciliable con nuestro ideal y los conflictos que puede originar para nosotros asimilar por lo tanto integralmente el espíritu norteamericano, lo que equivaldría a

querer dejar de ser lo que somos y no poder dejar de serlo al mismo tiempo. Porque nosotros no ponemos el posible conflicto futuro en el plano político o internacional precisamente, sino ante todo en nuestro plano, en el espiritual, que condicionará todos los otros en el porvenir. Muy lejos por éso de pronunciarnos en manifiestos contra Estados Unidos o contra tales o cuales hombres determinados, creemos que lo esencial, sin negar por éso la legitimidad de posiciones diferentes a la nuestra, lo esencial aquí, consiste en rechazar energicamente las ideas opuestas a lo que nuestra conciencia latina nos ha mostrado siempre y nos sigue mostrando como verdad. Pero digámoslo con menos modestia: a lo que es positivamente la Verdad única irrefutable, inmanente, a pesar de todas y más allá de todas nuestras discusiones.

En los últimos cincuenta u ochenta años en Sud - América y muy especialmente en nuestro país, ha sucedido un fenómeno que no debiera haber pasado desapercibido en rigor para ningún argentino, pero que no ha habido uno hasta ahora, que nosotros sepamos, capaz de contem-

plarlo en toda su triste y vergonzosa realidad. Permítaseme bosquejarlo a grandes rasgos tal como mi visión personal me lo presenta sin seguir sugestiones extrañas.

El siglo 19 se abrió para nosotros con grandes inquietudes y luchas profundas. La inmensa sacudida política, moral filosófica de Europa, la caída del antiguo régimen, los mil conflictos ocasionados por nuestra situación de colonia frente a España, conocidos hoy por todos y estudiados por nuestros hombres de talento, trajeron la reacción revolucionaria y más tarde, proclamada ya nuestra independencia, nacieron los problemas y las luchas intestinas, siguiendo el proceso histórico de todas las épocas.

Después de las primeras realidades de organización, debimos pasar por la dura prueba de gobernarnos nosotros mismos, cuando no estábamos todavía preparados para ello y la tiranía nos envolvió de golpe en su noche trágica de terror y desaliento. No faltaron entonces espíritus bastante serenos en medio de aquel mar de pasiones furiosas, para alejarse momentáneamente del triste escenario de la patria y

buscar en el pasado las causas de aquel estado que parecía no terminar más. Y estos hombres, reconociendo los defectos no ya sólo del carácter español (defectos propios de toda condición humana) sino tambien las imperfecciones del régimen colonial que a nadie podrán escapar, se sintieron a la vez admirados y deslumbrados por el progreso inaudito que día a día iban tomando a los ojos de todo el mundo civilizado los Estados Unidos. Más: los Estados Unidos, ofrecían al mundo europeo, tan hondamente turbado por sus guerras una nueva panacea insospechada, una especie de distracción y olvido en la atención a otros intereses, a otras conquistas, a otros valores de la vida.

El utilitarismo inglés, el empirismo religioso, el espíritu de acción en todos los órdenes de la existencia, los grandes inventos materiales y muchísimos otros factores que sería imposible señalar así a la ligera, determinaron de un modo casi improvisado, en una evolución rapidísima y digo rapidísima sólo en comparación a los largos procesos culturales europeos, la eclosión de una nueva mentalidad más o menos vaga todavía

si se quiere, en ciertos aspectos, pero bien acusada en otros, sobre todo en lo referente a lo que la existencia humana tiene de inmediato, de práctico, de material, a todo lo que se relaciona con las cosas del cuerpo en oposición a las del espíritu. Los Estados Unidos ofrecían finalmente, a la vieja Europa turbada y fatigada no un consuelo metafísico, religioso, sino apenas una distracción hecha de la atención a la naturaleza visible y al mundo empírico.

En este punto, más de uno nos dirá tal vez que éste es un error nuestro, que los norteamericanos tienen tambien su ideal, su vida espiritual que nosotros no sabemos ver ni reconocer y aun más que nosotros porque tratan de llevar a la práctica ese ideal hasta realizarlo, no conformándose sólo con soñar, como nosotros, latinos. No me detendré aquí, porque en cuanto a nuestro modo de ver a los norteamericanos bastaría recordar las consideraciónes hechas por Rodó en su Ariel. En esta obra se contemplan en síntesis todos los aspectos posibles de esta cuestión desde el industrialismo hasta el credo religioso, o sea la

más íntima manifestación de la conciencia norteamericana. No me detendré pues en este punto, dejando que cada cual aprecie las cosas según su criterio independiente. Para hacerlo sería interesante, por ejemplo, estudiar la vida y la obra de tres norteamericanos: William James, el filósofo; Walt Whitman, el poeta; y Roosevelt, el hombre de estado o norteamericano típico a nuestro juicio.

Pero mi actual punto de vista es sólo éste: Apenas libre nuestro país de las terribles luchas de la independencia y de los horrores de la tiranía, al ofrecerse a los ojos de nuestros hombres superiores el magnífico espectáculo de los Estados Unidos, no pudieron ni los Sarmiento, ni los Alberdi medir y pesar esos valores norteamericanos debidamente. Al contrario: se dejaron deslumbrar por un aspecto del carácter sajón: la acción, lo exterior, lo práctico, el éxito en las empresas y todo lo que se refiere en fín al engrandecimiento material, a las aplicaciones prácticas de la ciencia, al industrialismo dominante, sacando esta consecuencia absurda, funesta: que todo sudamericano, como decía Alberdi, debía ser

tambien un industrial, que la salvación para la América latina consistía en imitar a los Estados Unidos, más: en ser los Estados Unidos, como el mar — dice Sarmiento — es el Océano.

Una cosa es mantener un comercio activo con una nación rica y poderosa; importar sus máquinas, admirar su progreso material, imitar el carácter altamente moral de sus principales hombres representativos; y otra cosa es querer pensar con su misma cabeza, sentir con su mismo corazón, aceptar ciegamente sin exámen sus errores, aprobar sus actos internos y externos, recibir el influjo de sus creencias, de su modalidad, aunque del fondo de nuestra conciencia colectiva una voz, — esa voz de que he hablado antes, — nos esté gritando por boca de nuestros hombres de espíritu realmente latino: No, no es así.

Pero hemos dicho que íbamos a intentar concretar el tema en este difícil terreno. Nos dirán: pero qué es lo que se ha perdido de lo nuestro?... En qué punto es inconciliable su ideal con el nuestro ya que reconocemos el valor del ejemplo norteamericano en muchos aspectos? Contestemos en una palabra funda-

mental y única: hemos perdido lo esencial, hemos perdido o estamos perdiendo día a día, lo único que nosotros sudamericanos teníamos: la vida interior, el misticismo, y digamos la verdadera palabra sin temor, sin vacilar: el catolicismo, la mayor característica de la raza latina en todos los tiempos.

No puedo desconocer que al atreverme a hablar así, de catolicismo y a repetir una palabra que hoy, como en todas las épocas paganas, suele decirse en voz baja, con una mezcla de sigilo y vergüenza, voy a sublevar a algunos, a hacer sonreír ironicamente a otros y a desconcertar a la mayoría. Pero no importa: es en nombre de esa misma libertad a que todos aspiramos, que quiero hablar de este modo; respetando, es claro, toda opinión contraria, siempre que sea imparcial y sobre todo que sea bastante libre.

Y diré con toda franqueza que para probar esa vergonzosa negación de nuestra más íntima creencia, es suficiente reconocer, con cuantas prevenciones se escucha en nuestro país todo lo que se refiere a religión. Pero vamos a tratar de superar el vulgar prejuicio aunque sea

por unos momentos y a especificar con libertad absoluta nuestro punto de vista. Nuestro propósito está tan alejado de todo fín sectario! En mi idea no entra para nada, ni podría entrar por otra parte, una intención partidista en ningún sentido. Declaro que no aspiro absolutamente a hacer prosélitos de ningún credo, porque me faltan para éso todos los grados de la autoridad; me limito a afirmar, y si intentara convencer y demostrar, no pasaría de ser como aquellos fariseos de quienes el Maestro mismo ha dicho: haced lo que dicen no lo que hacen. Pero al mismo tiempo considero que teniendo la clara videncia de cierto estado de cosas, creyendo sencillamente que nuestra sociedad ha dejado perder hasta olvidar su valor esencial, sería imperdonable indiferencia, vulgar cobardía como ciudadano, callar así una convicción sincera, arraigada y que no puede dejar impasible a ningún espíritu consciente, que se interese de veras por los destinos, sí, por los altos destinos de nuestra patria.

Para comprender mi idea en toda su amplitud e importantísima transcendencia, sería necesario historiar, aunque fuese de un modo rá-

pido, las últimas vicisitudes de nuestro espíritu colectivo, desde la segunda mitad del siglo pasado y compararlas al estado anterior. Sería necesario para éso, saber prescindir momentáneamente al menos, de toda contingencia, de todo detalle; o en otras palabras, sabernos librar del gran error y prejuicio del materialismo histórico, para contemplar sólo lo que en este instante nos interesa, que son las levantadas y caídas, las aspiraciones y vuelos del alma desnuda frente a su más alto fín, a su ideal.

Sí, seamos francos una vez más: las grandes virtudes de nuestro pueblo, la fé, y la esperanza que realizaron nuestras primeras conquistas, no se recuperaron más después de la tiranía. Se diría que una segunda tiranía espíritual se abatió desde entonces sobre nosotros, obscureciendo nuestra mirada antes llena de claridad y de luz.

No negamos los grandes defectos del colonialismo, pero aún toda revolución debe empezar por determinar cuales son los cimientos del pasado que debe respetar, para poder edificar de un modo fecundo y para que el trabajo

de los hombres no sea un eterno hacer y deshacer estéril. Y nosotros afirmamos, basados en esta necesidad innegable, que lo más sólido de nuestro pasado colonial, el alma latina misma fundadora de estos nuevos pueblos, puede concretarse bien en las palabras idealismo, espiritualidad, misticismo, pasión elevada, vida interior.

4

No nos interesa aquí el estudio o crítica de las ideas y tendencias que los Estados Unidos imponen día a día al resto del mundo y sobre todo a los jóvenes países vecinos, sin una firme orientación espiritual todavía y vacilantes ante la lucha del difícil momento que les ha tocado vivir. No, me basta subrayar el cambio de dirección efectuado entre la primera y la segunda mitad del siglo 19, en nuestro

país, reflejado por todos nuestros hombres representativos, salvo poquísimas excepciones.

Felizmente, somos de los que creemos con fé sincera que los rasgos a que aludimos no se han adormecido para siempre y que bastará una llamada para despartarlos de nuevo.

Toda nuestra obra futura, nuestro arte naciente, no es sino el comienzo de ese despertar. Las primeras manifestaciones de la literatura, de la arquitectura genuinas, nos hablan ya de nuevo, del ideal, del viejo ideal de la raza, del ideal latino de vida espiritual, en un lenguaje vago todavía, es cierto, pero que se irá perfeccionando con el tiempo. Sólo que para allanar el movimiento hacia él, para facilitar la marcha, es necesario mirar de frente los obstáculos, reconocer los elementos contrarios o enemigos y saberlos rechazar energicamente en lugar de aceptarlos o intentar conciliarlos con los aspectos de nuestro espíritu que sabemos, son inconciliables con ellos.

Porque el aspecto más tristemente conmovedor de este problema está a mi juicio en la ceguera con que, fascinados con el modo de ser, sentir y pensar los pueblos del norte, hemos

juzgado, y aun sin apercibirnos hoy juzgamos a nuestro propio pueblo.

De esta manera se comprende que debemos sentir un profundo desaliento cuando vemos que no podemos hacer de un argentino, un chileno o un brasilero, un verdadero norteamericano. Y entonces qué sucede?... Que nos exasperamos, renegamos de nuestra naturaleza, renegamos de nuestra raza, de la conquista ibérica en el Nuevo Mundo y no conseguimos sino inciiar sentimientos de una admiración excesiva en cierto modo,.porque todos los hombres aunque triunfen en el mundo a los ojos de las gentes, son bien imperfectos y admirarlos así ciegamente es una especie, la más peligrosa de idolatría.

Además, por ese camino, estimulamos, sin comprenderlo, sentimientos de envidia y rivalidad inmotivados, pero lo peor es que despreciamos nuestras condiciones naturales para desear las ajenas que seguramente no vamos a tener nunca, porque esas condiciones no se adquieren: se poeen o no.

Sí. Por aspirar a tener los dones ajenos no aprovechamos los propios y debemos conven-

cernos: cada uno ha sido llamado en este mundo a una distinta vocación. Tal vez ellos, con su fuerza material sirvan un día a la causa única de la humanidad tanto como nosotros, con lo que podamos reportar según nuestras fuerzzas y las aptitudes que la Providencia ha querido concedernos; pero si malgastamos nuestro capital por pequeño que sea (o que nos parezca) comparado con el de ellos, so pretexto que el de ellos es superior, resultará que no poseeremos al fin ni uno ni otro y lo que es peor, tendremos, en lugar del premio de la cosecha verdadera, el eterno reproche de nuestra conciencia y haremos ante los pueblos libres el más triste de los papeles, dando el más vergonzoso de los ejemplos.

La superioridad, por otra parte no debe verse tanto en los materiales con que ha de construirse la obra, como en el espíritu con que se construye ésta y el fín que se consigue con ella; del mismo modo que dos obras de arte, de las cuales una construída con grosero material es inspirada y hermosa, y otra, con material finísimo puede ser tosca y fea.

No quiero recordar aquí demasiado, por no

alterar el tono de serenidad que me he impuesto, las ideas salientes de los más eminentes compatriotas desde hacen sesenta años. Ese espíritu utilitarista, ese afán de inculcar la fiebre de lucro, esa importancia concedida a los problemas del cuerpo, ese desprecio a toda nuestra ideología, esa burla de nuestra fé que llega a hacer escarnio de las ceremonias del culto de nuestros padres, mientras muy a menudo no somos capaces de estar a la altura moral a que ellos estuvieron y de proceder en la vida con la firmeza intachable con que ellos actuaron...

No quiero mostrar con toda la verdad que sería preciso, hasta donde ha llegado ya ese vergonzoso renunciamiento, pero como prueba de ello me parece suficiente hacer ver con que timidez, con que debilidad es que protestan en general, los que protestan, contra el avance paulatino de las ideas extrañas; timidez reveladora de la falta de una conciencia de nuestros legítimos derechos.

Ya de un tiempo a esta parte vienen predicándose, es cierto, a la juventud, los derechos del ideal, frente a los otros intereses de la vi-

da. José Enrique Rodó, entre otros, ha sido uno de los principales propagadores de esa voz de nuestra conciencia colectiva que viene reprochándonos, cada día con acentos más claros y vibrantes, nuestro proceder, cuanto más la desoimos. Pero Rodó mismo, ofuscado tambien por el mismo prejuicio que combate, como todos, apenas si se atreve a intentar una justificación del idealismo, como algo que puede y debe tambien consentirse al lado de las preocupaciones necesarias, de orden biológico; — de manera que cuando nos habla de vida interior y de intereses del alma a nosotros latinos que en el transcurso de los siglos hemos albergado todas las inquietudes espirituales de que la humanidad ha sido capaz, nos preguntamos sorprendidos en pleno siglo 20: Y qué son intereses espirituales?...Y qué es vida interior?... Y qué es misticismo?... Esto, en el mejor caso, si no rechazamos a priori, sin previo exámen, toda pretensión semejante... Pero que nos contestamos entonces a tales preguntas? ... Ah! Digámoslo claramente... Es triste confesarlo...

Seamos francos del todo: es vergonzoso...Digamos: No sabemos ya... Lo hemos olvidado...

sí, lo hemos olvidado demasiado.—El mismo Rodó que defiende la causa, qué entiende por vida interior?... Un refugio semejante al del rey oriental de su cuento, donde huyendo de la realidad de la vida, le espera el placer egoísta, el derecho al ocio antiguo, el ensueño y la fantasía de la imaginación...

No. No es ésta la vida espiritual a que nos referimos. No es éste el dique que debemos oponer a esa ciega fiebre de lucro que nos invade día a día. No es en alas de nuestro ensueño que debemos luchar contra un enemigo capaz de apoderarse de nuestras más íntimas pasiones, influenciándonos a todos más o menos, seduciéndonos en diferentes grados. No, la pasión no se cura sólo con razones abstractas e idealidad. La verdadera vida espiritual no es refugio al margen de la realidad: es la realidad suprema. Es preciso que la antigua pasión latina brote de nuevo en el Nuevo Mundo como contrapeso y compensación de la acción del Norte. El ensueño arbitrario y egoista nos extravía; el amor a la Verdad y a la Sabiduría nos redime.

La pasión por la vida espiritual verdadera. Esta es nuestra arma más poderosa, la única invencible; — y si la poseemos, porque renunciar cobardemente a ella?...

5

A pesar de todas estas reflexiones y consideraciones no puedo por mi parte ignorar el estado de espíritu a que hemos llegado en general, sino en toda la América latina, en nuestro país, al menos, salvo, posiblemente, rarísimas excepciones.

Hay espíritus avisados que habiendo sentido y comprendido el peligro de la deslatinización de nuestro Continente y por lo tanto habiendo mirado de frente por decir así uno de los grandes enemigos que se oponen a la realización de nuestro ideal, han creído y creen de buena fé que la culpa de ese peligro no está tanto en el espíritu norteamericano que se infiltra en el mundo entero y que es digno de imitación en muchos aspectos, como en noso-

tros mismos, pueblos de Sud - América. O para ser más exactos: tampoco es tanto según ellos, del pueblo la culpa, como de sus clases dirijentes. Porqué?... Ante todo por no haber sabido interpretar bien la doctrina Monroe, por haber puesto una excesiva confianza en la política norteamericana de los últimos años, pero tambien por haber contraído empréstitos con los Estados Unidos que comprometerían en el futuro, la independencias de estas repúblicas.

Como consecuencia, estos espíritus a que me refiero, no ven sino una solución al problema (y aquí está el error a nuestro juicio) y es: no contraer nuevos empréstitos con Norte - América.

Pero entendámonos como es debido: No me atrevo a discutir las ventajas de esta enérgica medida de orden finaciero, porque aún exigiendo este punto un estudio detenido, a nadie escapará que la solución está dictada por un criterio sano e independiente. Pero por nuestra parte, sea que le demos más trascendencia a otro aspecto del problema, sea que nuestro idealismo nos lleve a confiar más en las armas espirituales que en las económicas o materiales,

creemos que la mayor fuerza a oponer al peligro es la consecuencia con nuestra naturaleza íntima y nuestro modo de ser propio.

En rigor, los grandes problemas sociales, como las grandes enfermedades del hombre, exigen una solución múltiple. Creemos que junto con la solución política que proponen los políticos, con la defensa propia de esa actitud prudente e independiente a la vez, incapaz de ofender a nadie, hay otra que está exclusivamente en la orientación de las fuerzas espirituales de de nuestro pueblo y que debe de constituír, más, que constituye (aunque unos lo nieguen y otros lo ignoren) la esencia de nuestro ideal, que algún día se manifestará claramente ante el mundo, no sólo en palabras, como intentó hacerlo en este momento, sino tambien con acciones. Y si digo ideal americano es porque me parece que un verdadero ideal ha de convenir a todos los pueblos de la tierra aunque tales o cuales hombres todavía no lo hayan comprendido así.

Creo que si los Estados Unidos pasan por una era de materialismo colectivo, a pesar de eso, en el fondo subconsciente de esa parte de

la humanidad anida la aspiración a la única vida superior, es decir, a la vida espiritual. Sólo que actualmente, la sociedad no ha tomado conciencia de ella; no puede todavía realizar su ideal, cayendo en el contrasentido de llamar ideal a ciertos fines utilitarios, puramente positivos, prácticos, que no pasan la esfera del mundo empírico, para realizarse.

Si ha habido o hay una región del globo preparada y destinada seguramente a tener un ideal verdadero, quiero decir, universal, es todo el continente americano, de norte a sur. No debemos pues conformarnos con recordar que es a la raza latina que le ha tocado encarnar siempre en los destinos de Europa, vale decir del mundo culto, la parte del ideal humano más alto; debemos continuar la obra de difusión y de imposición de nuestra idea, la obra de una amplia y bien entendida intolerancia, porque es el único medio de que disponemos no sólo para no ser ignominiosamente dominados por tendencias indudablemente inferiores, sino para expandir la doctrina más elevada, más altruista, más desinteresada, la única que podrá triunfar un día, cuando los hombres, dejando

el camino del error, vean claramente la luz.

Sé que muchos dudarán todavía de esta clase de superioridad de nuestra raza, acostumbrados a medir ya los valores, con la medida del día, — pero no importa: digamos a todos la verdad, una vez más.

Pueden los Estados Unidos por boca de Teodoro Roosevelt, hablar con el soberbio desdén con que habla de la América latina y de sus países miserables, dice, cuyo progreso lo compara por desprecio e ironía al de Portugal, patria de Camoens y de Vasco da Gama.

Sin embrago, nosotros latinos, albergamos desde los primeros siglos cristianos la luz de la civilización, la luz de la religión universal, de la confraternidad y del amor. Ante ella depusimos de un golpe la brutalidad y el salvajismo primitivos, levantando sobre las ruinas del circo, los cimientos de la Iglesia Eterna y Unica. Nosotros expandimos, gracias al genio de la raza, a los cuatros puntos cardinales alrededor de Roma, la palabra portadora de la salvación y la esperanza. Nosotros repelimos las invasiones bárbaras y llevamos al corazón de la Europa naciente, el Verbo divino que se

extendió como una llama prodigiosa desde Grecia hasta Portugal y desde Alejandría hasta las orillas del Escalda. Nosotros encendimos el fuego sagrado en el interior de los cinco continentes. No hubo obstáculo material que no vencieran las misiones sublimes, Así, a pesar de la pretendida reforma sajona se engendró el misticismo, es decir: el vuelo más audaz que jamás hubo soñado el alma humana, sin perderse por éso en la abstracción egoísta que caracterizó otras religiones.

Nosotros, latinos, supimos reanudar la profunda cultura medioeval con la iniciada por Atenas, presentimiento del cristianismo, y fué de nuestra raza que surgieron los grandes precursores del Renacimiento. Nosotros extendimos las conquistas a todos los órdenes de la vida; — nos lanzamos más intrepidamente que nadie a través de los mares y de los cielos; y a nuestros ojos videntes, los horizontes lejanos, solitarios, iluminados de extraños esplendores, descubrieron maravillosamente tierras prodigiosas bajo el auspicio de nuevas e ignoradas constelaciones que sólo a nosotros, nos abrieron fraternalmente los brazos desde

el infinito, como llamándonos hacia el futuro. Nosotros dominamos en fín un día el mundo entero y el símbolo del ideal, la cruz de Cristo quedó desde entonces impreso para siempre, felizmente, en el alma virgen de la joven América. Nosotros proclamamos ante el mundo la palabra de la igualdad y la libertad, formulando los derechos del hombre, pero conquistados con la sangre. Nosotros elevamos el nivel moral de la mujer y del niño, consolidamos la familia y a pesar de nuestros fracasos, a pesar de los arrebatos perjudiciales de nuestras pasiones, de los defectos naturales o adquiridos, antepusimos siempre las cosas del alma a las del cuerpo, la creencia, la esperanza, el amor, al interés mezquino y egoísta; la simpatía, al odio; la audacia viril en la empresa arriesgada a la cómoda pasividad; y el triunfo en fín, ante nuestra conciencia, ante los hombres superiores, ante la patria, ante Dios, el triunfo verdadero que no es el de este mundo sino el de la Gloria Eterna, a todos los éxitos fáciles, a todas sus falsas grandezas, a todos sus poderíos efímeros.

Este es nuestro ideal, — y es nuestro por-

que debiera ser y será un día de todos los hombres y de todos los pueblos de la tierra.

Hacia este ideal universal es que debemos encaminar todos los esfuerzos juveniles, para impedir que se pierdan las mejores energías en la dispersión y en el desaliento.

En este ideal debemos poner las más altas esperanzas de nuestro continente americano, destinado a albergar a todos los hombres del mundo que quieran habitar nuestro suelo.

Por este ideal universal, es decir católico es que debemos luchar con todas nuestras energías, porque aún cuando fuésemos vencidos en todas las luchas materiales, jamás podremos ser vencidos en la esencial si conservamos nuestra fé y nuestra esperanza tradicionales.

No son por cierto las fuerzas del dinero ni de las armas las que pueden rechazar la presión de un pueblo fuerte y plenamente desarrollado, pero es por la Caridad, por el Amor, por el desprecio a las grandezas terrenas que se conquista la única vida realmente poderosa, que se deja al porvenir la mejor herencia, que se adquiere, como decimos la felicidad de la verdadera Gloria.

Opongamos a todas las injusticias presentes y futuras a todas las usurpaciones, a todos los errores, a todos los defectos humanos, el perdón, el sacrificio, más: el martirio, sí, el martirio, si es necesario... opongamos a todos los enemigos una sola arma, la más poderosa, la más temida por los impíos, la única invencible en todos los combates: la Cruz. Y entonces triunfaremos, ahora y para la eternidad.

Buenos Aires Octubre 12 de 1927.

INDICE

Págs.



Dióse fin a la impresión de este libro a XX días del mes de JULIO de MCMXXVIII por los Talleres Gráficos de la Editorial Tor.


CONTRA VIENTO Y MAREA
EDITORIAL
TOR